

saba de continuo con masas de gente del pueblo, encamináronse hacia el castillo para entregar á los lugartenientes la contestacion al edicto imperial del 16. A las nueve llegó la comitiva al castillo, en cuyos salones de dietas leyóse por vez primera á los Estados la respuesta redactada que, entre otras cosas, contenia la pregunta directamente dirigida á los lugartenientes para que dijera si habian intervenido y hasta qué punto en la redaccion del amenazador edicto imperial de 21 de marzo. Despues de leído el documento, se dirigieron los manifestantes al salon de sesiones de los lugartenientes. De diez que estos eran, solo habia cuatro en aquel local, que era de regulares dimensiones, á saber: el burgrave mayor Adan de Sternberg, con su yerno el burgrave de Karlstein Yaroslav de Martinitz, el corregidor mayor Guillermo de Slawata, y el gran prior de la órden de Malta Diepold de Lobkowitz. Con ellos estaba tambien el secretario M. Felipe Fabricius, cuyo nombre aparece entonces por vez primera en las luchas religiosas con los Estados. De los protestantes solo una parte pudo entrar en el salon; los demás, por falta de sitio, hubieron de quedarse en la escalera. Apenas llegados allí, suscitóse una acalorada discusion entre uno de los diputados, Pablo de Riczan, y el burgrave mayor: inmediatamente despues, el primero dió lectura de la contestacion de los Estados, recalando mucho en aquella pregunta relativa á si los lugartenientes habian intervenido en la redaccion del amenazador edicto imperial de 21 de marzo. El burgrave mayor negóse á contestar á esto por ser asunto que caía dentro de la reserva oficial, y pidió un plazo para consultar con sus otros compañeros ausentes, especialmente con Adan de Waldstein. Entonces apoderóse de los Estados, entre los cuales los que mas enérgica oposicion hacian eran Thurn, Fels y Lobkowitz, una excitacion que creció por momentos, atizada sin duda alguna con toda intencion por los mismos que acaudillaban á los manifestantes, y que estalló furiosamente cuando el conde Schlick con voz de trueno encaróse con Slawata y Martinitz, designándolos como los causantes de todas las desdichas. El odio contra estos dos hombres, que realmente habian tenido una participacion principalísima en las medidas adoptadas por el gobierno contra el protestantismo, se manifestaba en forma cada vez mas amenazadora: en cambio al burgrave mayor y al gran prior se les aseguró repetidas veces que contra ellos no habia ninguna queja. Sin embargo, cuando Thurn, Fels y Lobkowitz intimaron directamente á los dos lugartenientes odiados que se trataba de su vida, con la cual pagarian todo el mal que durante ella habian hecho, y cuando luego preguntaron á los reunidos si era esta su opinion, un estremecimiento de horror circuló por la compacta masa de manifestantes y ni una sola voz afirmativa turbó el sepulcral silencio que de pronto reinó en aquel recinto. De nuevo promoviéronse acaloradas discusiones en las que Riczan especialmente enumeró todos los actos de los lugartenientes atentatorios á la carta de majestad y terminó diciendo: «Y como los Estados están realmente convencidos de que los dos señores deben ser considerados como violadores de la carta de majestad, los declaran enemigos de su bienestar y del bienestar público.» Esta declaracion fué unánimemente aprobada por los manifestantes, que entonces estaban en el paroxismo de su furor, y despues de una corta y acalorada disputa, durante la cual fueron violentamente sacados de la cancellería los otros dos lugartenientes, Sternberg y Diepold de Lobkowitz, que con frases conmovedoras pedian gracia para sus compañeros, Thurn y Guillermo de Lobkowitz se apoderaron de Slawata y Martinitz y, ayudados por muchos de los que les acompañaban, los arrojaron por las ventanas del salon al foso, que en aquel sitio estaba á veintiocho

varas de profundidad. El secretario privado Fabricio, contra el cual no se tenia queja grave alguna, pero en quien quisieron los protestantes desahogar el odio que todos sentian contra el fugitivo secretario Michna, sufrió la misma suerte. Como por milagro se salvaron los tres de una muerte al parecer inevitable, y casi ilesos pudieron huir de las garras de sus enemigos, que les hicieron varios disparos al ver que se les escapaban. Los católicos no vacilaron en afirmar que esta salvacion milagrosa se habia debido á una intervencion directa de Dios ó de la Virgen María; los protestantes, en cambio, afirmaron que si se habian salvado de una muerte cierta habia sido por haber caido sobre un monton de basuras que estaba al pie de las ventanas.

A nadie cupo ya la menor duda de que este atentado que tan extraordinaria sensacion produjo, cometido contra ilustres funcionarios imperiales, dificultaba considerablemente, si es que no hacia de todo punto imposible, una reconciliacion entre Matías y los Estados. Si los jefes del movimiento, como permiten asegurarlos multitud de indicios, se proponian producir ese funesto rompimiento con el emperador, aquel era el momento supremo para sacar las consecuencias de tal proceder y organizar la rebelion en gran escala, disponiendo las fuerzas necesarias para la lucha abierta. La cuestion estaba en ver cómo tomarian el atentado cometido por los protestantes bohemios los demás territorios hereditarios de la monarquía austriaca que en 1611 habian firmado una estrecha alianza con los Estados bohemios y en general todos los Estados alemanes.

#### ORGANIZACION DEL LEVANTAMIENTO. CAIDA DE KLESEL Y MUERTE DEL EMPERADOR MATÍAS

La primera medida que adoptaron y debian adoptar los Estados bohemios despues de la fatal «defenestracion» fué instituir un gobierno provisional; pues aun cuando de momento se mantuvo en apariencia la ficcion de que la rebelion no iba dirigida contra el emperador, sino contra su gobierno en Bohemia, todos estaban perfectamente convencidos de que arrostraban serias y graves complicaciones, para las cuales debian encontrarse preparados. Por esto se nombró un gobierno provisional compuesto de treinta individuos, presidido por Wenceslao Guillermo de Ruppá, mientras el conde Thurn se ponía al frente de un ejército que á toda prisa reunieron los Estados. En poco tiempo la sedicion se propagó por todo el país, que era en su mayoría protestante, y aun cuando en un principio se habia pensado en un llamamiento general á las armas, muy pronto, en vista de los malos resultados del mismo, hubieron de contentarse los directores de la rebelion con los alistamientos. A mediados de junio habia completamente armados y revistados 3.000 infantes y 1.100 jinetes, al frente de los cuales púsose Thurn en movimiento el día 16 de junio con direccion á la frontera austriaca. Pero ya desde aquel momento las demás levas proyectadas, que habian de aumentar hasta 8.000 hombres el contingente del ejército, hubieron de luchar con dificultades económicas, pues los 60.000 florines mensuales de impuestos que debian ingresar en caja no se hacian efectivos con la regularidad necesaria, además de que aquella cantidad, aun puntualmente satisfecha, no habria bastado ni con mucho para atender á los crecidísimos gastos que tales fuerzas ocasionaban. A consecuencia de ello los directores se vieron obligados á convocar una dieta que en 25 de junio inauguró Ruppá y que otorgó para los aprestos bélicos, además de las contribuciones votadas en 1615, otros 385.000 thalers.

Lo que ante todo interesaba era saber qué actitud adoptarían respecto de los sublevados los demás territorios heredi-

tarios y si podria esperarse de ellos eficaz ayuda; y en este punto no se colmaron del todo las esperanzas concebidas, pues si bien el proceder de los bohemios fué visto en todas partes con calurosa simpatía, los distintos territorios se mostraron en los primeros momentos tranquilos y á la expectativa

á pesar de que los Estados bohemios enviaron agentes que trabajaran á fin de que francamente se les unieran sus aliados de 1611. Donde mas crítica se presentaba la situacion para los rebeldes fué precisamente en Hungría, país de donde en tiempo de Rodulfo habia partido la iniciativa para el levanta-



Hic Artobanum varianam civitatem tantum, non captam ab Henrico quarto Rege Galliarum: liberavit. Offendam secundus militum princeps quadringentis constantia ad Andream non compulsi: Wüstenburgum solida vi occupavit: Vindobonam iterato conservavit: Austriam hostibus purgavit: Bohemiam subegit: Moraviam recuperavit: Silyham reversus: Hungariam debellavit: Regis Franciae imperium frustravit: Ac tandem in obsidi: one Ouanana a suis: sumptibus decem milibus ab Hungaris vulneribus: Genes: rose: Domino animam reddidit: 30 July Anno 1621.

El general conde de Buquoy. Facsimile reducido de un grabado anónimo de la época

miento general, y la razon de ello era que cabalmente entonces estaba reunida allí la dieta imperial que habia de elegir rey á Fernando. La presencia de este tenia en jaque á los elementos protestantes inclinados á la union con Bohemia, los cuales no pudieron impedir que el diputado de los Estados bohemios, el rector de la universidad de Praga, doctor Jessenius, fuera arrestado y enviado á Viena por el palatino católico Forgach, recientemente nombrado. Tampoco en la Alta ni en la Baja Austria, en donde eran muy vivas las simpatías por los rebeldes bohemios, pudo por de pronto intentarse nada serio en favor de los mismos, porque el suceso de Praga

habia acaecido demasiado repentina é inesperadamente. Aquellos Estados limitáronse por de pronto á aconsejar enérgicamente al emperador que se reconciliara con los Estados bohemios. Estos habian contado, mas seguramente que con otra alguna, con la adhesion de los moravos, y por tal razon fué mucho mayor el desencanto que allí experimentaron viendo frustradas sus esperanzas precisamente por causa del hombre en quien mas habian confiado, Carlos de Zierotin. Este, que en 1608 habia sido uno de los mas activos organizadores de la rebelion contra Rodulfo, se colocó entonces en una actitud completamente distinta, cuyos fundamentos no podrán pro-

bablemente determinarse jamás con completa seguridad. Lo más verosímil, sin embargo, es que no estaba suficientemente enterado de la justicia de las quejas formuladas por los bohemios y que en aquel momento creía que la rebelión no ofrecía garantía alguna de éxito. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que considerando como único medio de salvación un arreglo pacífico entre los Estados y el emperador, se puso á disposición de este para entablar las negociaciones á dicho fin pertinentes. Cuanto mas eficazmente se esforzaba por conseguir esa solución, tanto mas enérgicamente se oponía Zierotin á que se apoyara á los rebeldes bohemios, y el emperador pudo conquistarlo hasta el punto de que en la dieta inaugurada el día 26 de junio en Moravia, á la cual concurrió también una embajada bohemia, combatió directa y resueltamente toda idea de unión con Bohemia. Merced á su influencia acordó la asamblea enviar no una embajada á Praga como los bohemios habían pedido, sino una diputación á Viena. Y cuando Fernando en persona inauguró, 13 de agosto, una dieta morava en Brunn y pidió á esta que Moravia concediera el paso de las tropas imperiales por su territorio, su petición fué atendida de suerte que un ejército enviado á Bohemia para combatir la rebelión pudo emprender su marcha al través de aquel país. En cambio los Estados silesianos, propicios á los bohemios, cerraron el paso á las tropas imperiales reunidas en Bohemia. En Silesia, el margrave Juan Jorge de Jagerndorf fué el que con mas entusiasmo abogó por la pública adhesión al levantamiento bohemio.

En un principio, los hechos parecían dar la razón á Zierotin, pues todo indicaba que á pesar del atentado cometido por Bohemia se harían serias tentativas para llegar á una conciliación, siendo muy digno de notarse como característico de la situación el hecho de que los mismos lugartenientes imperiales de Bohemia, que comprendían perfectamente la gravedad de las circunstancias, aconsejaron un arreglo amistoso del conflicto y emitieran la opinión de que este arreglo solo podría conseguirse yendo el emperador á Bohemia y dictando reglas «conforme á ley» sobre el procedimiento que debía seguirse con los protestantes y los bienes eclesiásticos, con lo cual reconocían aquellos funcionarios que el proceder hasta entonces seguido por el gobierno imperial no se ajustaba á lo que la ley disponía.

El anciano emperador y su principal consejero Klesel, que habían sido empujados á la política de restauración en primer término por los que rodeaban á Fernando, hubiéranse mostrado, á seguir su propio impulso, hasta cierto punto condescendientes con tal de restablecer el orden y la paz; pero Fernando, por el contrario, declaró resueltamente opuesto á toda conciliación y aconsejó una enérgica resistencia, viéndose vigorosamente apoyado en su actitud por el embajador español Oñate, el cual declaró dispuesto á solicitar con empeño de su soberano un poderoso auxilio consistente en una importante suma de dinero y en un ejército auxiliar de 10 ó 12.000 hombres.

Pero como el emperador, aconsejado por Klesel, persistió en sus tendencias conciliadoras y en varios manifiestos dirigidos á los Estados bohemios en 11, 18 y 23 de junio, y redactados en términos mucho mas suaves que los anteriores, reconoció francamente que aquellos tenían razón para quejarse y prometió respetar todos los privilegios de la carta de majestad y del convenio, aunque sin confesar que hasta entonces no hubiesen sido respetados; y como, además, el emperador procedía con poca diligencia en los preparativos militares aconsejados por Fernando, apoderóse del partido bélico, y muy especialmente del mismo Fernando y del archiduque Maximiliano que con él estaba de acuerdo, tal descontento hacía el director responsable de la política imperial, que

resolvieron alejarle violentamente del lado del emperador. A esta determinación contribuyó también el recuerdo de la tenaz resistencia opuesta por el cardenal durante muchos años al arreglo de la cuestión de sucesión. Los que rodeaban á Fernando veían en Klesel al principal representante é iniciador de la política imperial que ellos habían constantemente combatido: de igual opinión era el embajador Oñate, quien excitaba á Fernando y á Maximiliano para que promovieran la caída de Klesel, aunque se negó á tomar parte en un acto de violencia directo contra el mismo. Fernando y Maximiliano, sin embargo, pusieron inmediatamente en obra su proyecto, y el día 20 de julio de 1618, habiendo Klesel acudido al castillo imperial para hacer una visita al archiduque Maximiliano, según previamente habían convenido, fué arrestado en la antecámara, encerrado en un coche de seis caballos y en ocho días de viaje casi sin parar conducido al castillo de Ambrass en el Tirol, donde quedó encerrado. De allí pasó, al poco tiempo, á Innsbruck y luego al convento del monte de San Jorge en Schwaz, siempre rigurosamente vigilado, hasta que al cabo de algunos años (1622) recuperó su libertad. En 1627 pudo volver á su patria, donde falleció en 1637.

Fué aquel un acto de violencia contra el jefe de la casa de los Habsburgos y soberano del Imperio alemán, casi tan punible como el proceder que en otro tiempo había seguido Matías contra su propio hermano, el emperador Rodolfo: la justicia de la suerte se cumplía en él. La prisión del ministro de su mayor confianza produjo en el emperador una impresión terrible: cuando se enteró de ella, la indignación y la cólera no le dejaron hablar y durante algun tiempo se negó á ver tan siquiera á los autores de aquel atentado. Pero poco á poco se calmó su furia y aun llegaron á convencerle hasta cierto punto de que la conducta del ministro había causado graves perjuicios al Imperio y á los territorios hereditarios, y por consiguiente, que su alejamiento del poder había sido impuesto por la necesidad. El emperador, pasados los primeros días de indignación, no pareció comprender del todo que las censuras por Fernando y por Maximiliano formuladas contra el cardenal también iban dirigidas contra él mismo, que había dado la sanción imperial á la política de Klesel. En suma, cuando en 29 de julio Fernando y Maximiliano quisieron pedirle perdón por lo sucedido, Matías, á ejemplo de lo que en otro tiempo había hecho Rodolfo, no quiso consentirlo, antes al contrario les abrazó y les otorgó nuevamente su gracia.

Fernando consiguió el objeto que se proponía, y esto era lo principal. El emperador, que desde hacia años había acostumbrado á verse dirigido casi en absoluto por Klesel, no tenía ya la energía necesaria para gobernar con verdadera independencia y, privado de su antiguo consejero, abandonó la dirección de los complicados y difíciles asuntos bohemios á su primo, el de Estiria, que inmediatamente procedió con toda energía á organizar la resistencia contra los «herejes y rebeldes» bohemios, rompiendo por completo con las tradiciones de Klesel, quien no volvió jamás á tener influencia alguna en los asuntos políticos.

El alejamiento de Klesel no influyó, por lo demás, en el curso de los sucesos tanto como hubiera podido esperarse, pero el cardenal nunca había sido un verdadero gran hombre de Estado y la política de conciliación aplicada con medios pequeños había muerto para siempre después del acontecimiento de 23 de mayo: así lo había evidenciado la absoluta ineficacia de los manifiestos conciliadores y suaves publicados por el emperador bajo la influencia de Klesel. El conflicto entre el jefe del Estado y sus súbditos, á quienes ofendía y cuyos derechos solemnemente consignados en documentos amenazaba, no se resolvía ya por las vías de una conciliación

intentada con mas ó menos interés; por esto Fernando estaba desde luego resuelto á preparar con toda energía las armas y á buscar en la guerra una solución al problema.

Las probabilidades de esta lucha no eran, sin embargo, por de pronto muy favorables al archiduque, pues si bien en Hungría había conseguido, después de largas discusiones y no sin hacer algunas concesiones por su parte, ser elegido y coronado en 1.º de julio por la dieta de Pressburgo, no podía contar con que los húngaros le ayudasen eficazmente en su lucha contra los bohemios. Además en la Alta y Baja Austria existía contra el gobierno imperial una gran excitación que mas ó menos tarde había de impulsar á aquellos países á una unión con Bohemia. A pesar de todo, Fernando no vaciló un momento, sino que por el contrario hizo sus preparativos con gran actividad, de modo que en agosto el ejército se elevaba á la cifra de 14.000 hombres, mandados por Buquoy que, como general en jefe, tenía á sus órdenes á Khuen y á Dampierre. Este último, al frente de 6.000 soldados, penetró inmediatamente en Bohemia, llegando hasta Neuhaus.

Pero si Fernando creyó y quiso hacer creer á sus generales que la sola presencia de un ejército imperial en Bohemia quebrantaría desde luego la resistencia de los rebeldes, su desencanto debió ser terrible. Por de pronto, la primera empresa intentada, la toma de Neuhaus, fracasó por completo, pues la guarnición de la plaza no se rindió, viéndose Dampierre obligado á retirarse á Bystric. Ni siquiera se logró la esperada dispersión de las fuerzas bohemias cuando Khuen, penetrando en Bohemia por Moravia, llegó hasta Polna y se unió en 2 de setiembre con Buquoy y cuatro días después con Dampierre en Deutschbrod, sino que, por el contrario, el campamento imperial se vió muy pronto, á causa de la hostilidad de las poblaciones, tan falta de víveres y municiones que las operaciones proyectadas se dificultaron extraordinariamente. Aparte de esto, Buquoy comprendió muy pronto y bien claramente que los bohemios no estaban tan mal equipados y mandados como estaban acostumbrados á creer los que rodeaban á Fernando, puesto que, además de Thurn, tenían otro teniente general en el conde de Hohenlohe y disponían de un ejército de 10 á 12.000 hombres, sin contar los refuerzos que había de proporcionarles las grandes levas que había ordenado la dieta bohemia inaugurada á fines de agosto. Al mismo tiempo una circunstancia tan feliz como inesperada había llevado al ejército de los Estados bohemios un refuerzo importante mandado por un caudillo valeroso. El conde de Mansfeld al frente de 2.000 hombres, que hasta entonces habían estado á las órdenes del duque Carlos Manuel de Saboya, entró al servicio de Bohemia.

El duque Ernesto de Mansfeld, que en las complicaciones guerreras de los años siguientes había de representar un papel importante, aunque no siempre muy honroso, había llevado una existencia agitada y aventurera cuando por una casualidad entró al servicio de Bohemia. Era hijo natural del príncipe Pedro Ernesto de Mansfeld y había nacido en 1580. A los veintitres años de edad se había distinguido en las luchas de Hungría y entablado con ocasión de ellas íntimas relaciones con Matías; pero su vida desenfadada le llevó á ser protagonista de cierta vergonzosa historia de juego y de desafío, á consecuencia de la cual hubo de abandonar la posición que allí ocupaba. Mandó luego en Bélgica un regimiento de caballería que se distinguió por su indisciplina, por sus robos y por sus violencias de toda clase, muestras anticipadas del modo de luchar que Mansfeld convirtió mas tarde, durante la guerra de Treinta años, en verdadero sistema. Entró después á servir al archiduque Leopoldo en las empresas de conquista intentadas por este en Juliers contra los protes-

tantes, y por aquel entonces cayó en poder del conde de Solms, que en nombre de Brandeburgo y del Palatinado electoral ejercía el mando en Duren, y no reparó en abandonar mas tarde el servicio de Leopoldo para entrar en el de sus enemigos. Por último, en la lucha que contra España sostuvo el duque de Saboya por el Monferrato, púsose al frente de un ejército que el duque había organizado y que hubo de ser disuelto en junio de 1618 cuando cesó aquella contienda. Entonces el de Saboya, que era enemigo no solo de la línea española, sino de toda la familia de los Habsburgos, tuvo noticia de que había estallado la rebelión bohemia, y comprendiendo inmediatamente la ocasión sin igual que se le ofrecía para amenazar la situación de aquellos, sin pérdida de momento y sin haber recibido indicación alguna de Bohemia comunicó á Mansfeld su determinación de que, conservando la mitad de los 4.000 hombres que á su mando tenía, acudiera con ellos en auxilio de los bohemios. Pero como públicamente no quería aun aparecer enemigo de los Habsburgos, quiso que sobre tal determinación se guardara el mayor secreto, en el que solo se inició al elector del Palatinado, al príncipe Cristian de Anhalt y al margrave de Ansbach; de suerte que aparentemente Mansfeld debía obrar por su propia cuenta y ponerse al servicio de Bohemia por su sola iniciativa. En cuanto á los bohemios, el elector del Palatinado, que estaba en íntimas relaciones con ellos y con el duque y que ya en julio había ofrecido á los primeros su ayuda, debía presentarse como el único á quien tuvieran que agradecer el refuerzo que su ejército recibía. El elector aceptó este papel con tanto mayor gusto cuanto que merced á él y sin hacer nada por su parte se conquistaba la gratitud de los bohemios y al propio tiempo podía sostener ante el emperador que Mansfeld al entrar en el servicio de Bohemia lo hacía por su propio impulso.

Precisamente en los días en que los generales de Matías penetraban por distintos lados en Bohemia, Mansfeld ingresó en el ejército bohemio como general de artillería y avanzó con sus tropas por el territorio de Pilsen, estableciendo sus cuarteles entre la ciudad de este nombre y Klattau. Al propio tiempo el conde Thurn se dirigía apresuradamente á Czaslau, donde sus tropas se habían concentrado y reforzado con nuevos contingentes. Allí estaba muy próximo á las tropas imperiales que avanzaban desde Deutschbrod, pero no quiso aceptar la batalla que estas le presentaban porque sabía que el ejército imperial, por su carencia de víveres, también tendría que retroceder sin librar el combate, y las hostilidades se redujeron á algunas escaramuzas sin importancia. Thurn había calculado acertadamente; así es que cuando en 17 de setiembre se le unió Hohenlohe con sus fuerzas y un parque de artillería, Buquoy, faltar por completo de vituallas, no tuvo mas remedio que retirarse hácia Ledec.

Mucho mas ventajosa fué todavía la situación de los bohemios cuando la dieta de príncipes silesianos, que hasta entonces se había mostrado indecisa en sus deliberaciones, acordó en octubre unirse á los sublevados bohemios y envió á estos un ejército de auxilio de 3.000 hombres al mando del margrave de Jagerndorf.

La situación de Buquoy se hizo entonces cada vez mas crítica, puesto que la corte imperial no le enviaba tropas de refuerzo ni víveres; y lo propio acontecía con la guarnición de Budweis, cuyo comandante Aulner pedía socorros con toda urgencia.

En vano intentó el emperador que algunos príncipes católicos, especialmente el archiduque Maximiliano de Baviera y el arzobispo de Salzburgo, le auxiliaran con dinero y municiones, y en vista de que sus tentativas en este sentido